



# El arca de Leonora Carrington

*Mary Carmen Sánchez Ambriz*

UNA SONRISA SE FUGABA DE SUS LABIOS cuando decía que de niña había sido un pony, de adolescente una potranca y en su madurez se sentía una yegua. Su atracción por los caballos, nobles y rebeldes, grandes y pequeños, de madera y fina estampa, provenía de sus primeros años. *Tártaro* fue el primero que arribó a la vida de Leonora Carrington, un caballito de madera en donde se columpiaba varias veces al día. Aquí no había letreros que indicaran: “Cómeme” o “Bébeme”; hubo uno que sólo ella distinguía: “Cabálgame”. Si Alicia perseguía a un conejo blanco que la condujo hacia mundos insospechados, Leonora siguió a un corcel blanco que la llevó a lugares idílicos, asombrosos.

Del alazán de madera pasó al pony Shetland que se llamaba *Black Bess*. La niña creció, quería galopar, y su potrillo no podía correr más de lo que ansiaba. *Winkie*, una yegua, vino a solucionar el problema. Trotó, se cayó, se levantó, se cayó de nuevo y su empeño no cesó. Para ella montar a caballo era sinónimo de una emancipación, un respiro en el asfixiante mundo de los adultos. Los griegos y romanos denominaron *centauro* a la unión perfecta entre jinete y caballo. Si hubiera un símil femenino —que no existe porque el término *amazona* implica otra connotación histórica—, así podría definirse la relación de Leonora con los caballos. Tanto en la



escritura como en las artes plásticas, Carrington dejó claro que le apasionaba la libertad de un equino que corre y exhibe su crin alborotada.

En 1939 publicó *La dama oval* (*La dame ovale*, París, GLM), libro de cinco relatos en donde exhibe su interés por explorar elementos de corte fantástico y, de paso, elabora una ácida crítica sobre la costumbre de presentar a una joven en sociedad. Leonora aborrecía la rígida sonrisa de la sociedad inglesa —lejos de la del gato de Cheshire—, las buenas costumbres, el lacerante conservadurismo y el que cavilaran que su futuro era hallar un magnífico marido para que lograra sentar cabeza en una familia acomodada como la suya. En

el cuento que da nombre al libro, Lucrecia, la joven protagonista, se convierte en un caballo. Ella tiene un preciado juguete, un corcel de madera llamado *Tártaro*. Tras los regaños de una institutriz francesa, su padre amenaza con quemar la figura si ella no deja de transformarse en un ser hípico. A la dama oval le invade un sentimiento de desasosiego; ella sabe que ante la dominación de su padre nada puede hacer, sólo dejar de alimentarse para no tener que seguir viviendo y soportar sus órdenes. Mediante la escritura, Carrington se venga de Harold Wilde Carrington, su padre, con quien siempre tuvo una mala relación. El instante se vuelve fugaz, acaso etéreo en la madeja de

El pescador



Agradecemos a Pablo y Gabriel Weisz su amable autorización para la reproducción de las imágenes de la obra de Leonora Carrington



Cocodrilo

recuerdos de la niñez de Leonora; la escena es cruel, sus lágrimas y desesperación no evitaron que a *Tártaro* lo consumiera el fuego.

En el orden de la creación —como refiere Agustí Bartra en el prólogo a *La dama oval*—, para Leonora Carrington primero fueron los animales. Su abuela materna, Mary Monica Moorhead, y su nana la introdujeron a las antiguas leyendas celtas e irlandesas, a los relatos en donde los animales adquieren una dimensión distinta de la que poseen. Su abuela le cuenta la historia de la hiena, animal que aparece frecuentemente en lo que pinta y escribe. “Noé impidió que la hiena subiera a su arca porque comía cadáveres y ululaba imitando la risa del hombre. Pero después del diluvio universal se cruzaron el lobo y la pantera, y la hiena volvió a nacer. A Leonora le obsesiona la hiena. Algunos relatos del Medioevo dicen que la hiena tiene dos piedras en los ojos, y si alguien la mata, le saca las piedras y se las pone debajo de la lengua, puede predecir el futuro”, refiere Elena Poniatowska en su biografía novelada de Leonora. En “El primer baile”, la segunda historia incluida en su libro de cuentos, una joven no desea asistir al baile que organiza su madre para presentarla

en sociedad y se le ocurre que su amiga que vive en el zoológico, la hiena, podría ocupar su lugar mientras ella pasa el tiempo leyendo *Los viajes de Gulliver*. La hiena toma su sitio, pero antes asesina a la sirvienta para poder usar su rostro e impedir que se note que no es un ser humano. A caballo entre la narrativa y la gráfica, la pintora despliega lo intrincado que puede ser el laberinto que se forja en el inconsciente.

Ramón Gómez de la Serna recuerda en su *Zoológico de greguerías* que hay muchos pájaros que presumen su chaleco. Llegó Max Ernst a la vida de Leonora y le presumió el suyo. Fue en el verano de 1938 cuando escaparon de París y se fueron a vivir a Saint-Martin d’Ardèche; a ella se le ocurrió colocar un par de esculturas, mitad seres humanos y mitad animales, para que los protegieran de la exesposa de Ernst, de la familia hostil de Carrington y también de los surrealistas malhumorados que solían visitarlos. Un enorme pájaro y un caballo daban la bienvenida a quienes querían saludar a la pareja: él estaba representado por un pájaro: “Yo soy Loplop, el pájaro superior”, repetía Ernst, mientras ella era “la dama del viento”, como la llamó su compañero. “Por todas las ventanas del ventilado e



◀ Ilustración de portada de la revista *S.Nob.*, número 7, 15 de octubre de 1962

dama oval está de pie, con los ojos cerrados, amordazada con una tela en blanco y negro que recuerda la piel de una vaca, acaso la rumiante que nutrirá con leche a varias generaciones. Cerca de la representación femenina aparecen dos animales: un caballo en tonalidades grises y una perra-hiena de color café. La cola de ambos se fusiona con el tronco de un par de árboles, permanecen atados a la frágil madera como si ellos mismos pusieran sus propios límites. Cuatro cabezas de venados están colocadas en una charola, y esta última se halla sobre una especie de caldero sostenido por un par de patas de venado; un pico o lanza se escapa violentamente de uno de los costados. El Sol resplandece en toda su inmensidad en este pasaje bucólico, intenso, inquietante y onírico.

Algunos críticos han comparado este cuadro con lo que Carrington experimentó en Santander. Después de que su compañero fuera arrestado por ser ciudadano alemán y residir en Francia, Leonora sufrió un colapso nervioso y fue recluida en un hospital psiquiátrico. Su padre en ese entonces era el socio mayoritario de la Imperial Chemical Industries, y recurrió a todo lo que estuvo a su alcance con tal de saber el paradero de su hija, espiarla, autorizar su internamiento y traslado a otro nosocomio de la misma especialidad en Sudáfrica. De este último se salvó Leonora, gracias a que corrió —acaso con el ímpetu de un equino desbocado— a la embajada mexicana en Lisboa, en donde Renato Leduc, al casarse con ella, la liberó del autoritarismo de su padre, a quien —según decía— le tenía más miedo y odio que a los nazis.

Como a Delacroix, a Leonora le gustaba visitar zoológicos: era su oportunidad de contemplar una variedad de animales, conversar con ellos, sentirlos cerca y admirar detenidamente sus tonalidades que acabaría por incorporar a sus lienzos en su particular

ingrávido universo de Leonora Carrington se asoman caballos”, exclamaba Ernst.

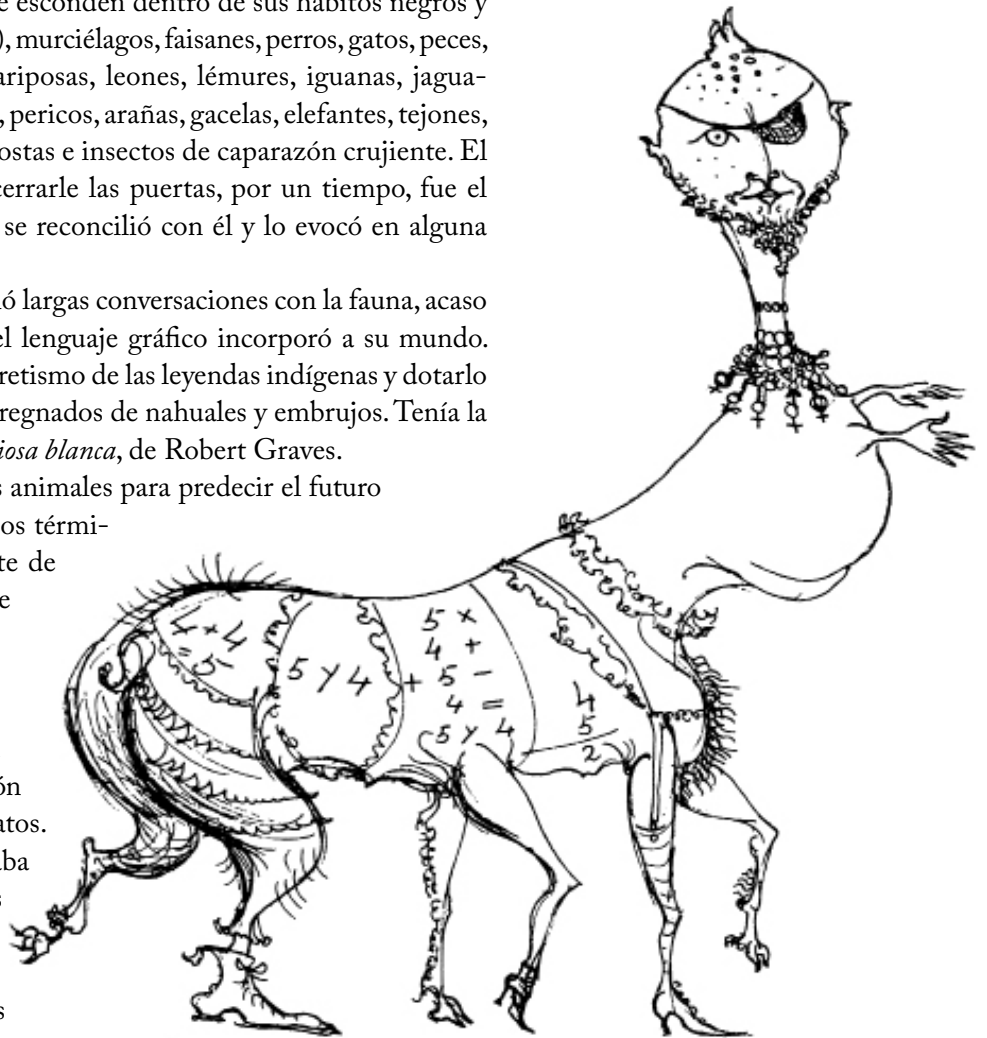
En reiteradas ocasiones André Breton le hizo la siguiente recomendación: “Leonora, no vayas a dejar de escribir y de pintar”. Tras la escritura, le tocó el turno a *La dama oval* gráfica (*Green Tea*, 1942). En dicho lienzo hay visos del estilo que privilegiará en su propuesta visual: un panorama de lo que se oculta bajo la tierra, bichos, murciélagos, cochinillas enroscadas y hasta una que otra hormiga trabajadora. En la superficie se encuentra el pasto, con sus enredados recovecos, surcos y el detalle de las sombras de cada una de las figuras. La

estilo: estilizados, fusionados con otras presencias, mimetizados en seres provenientes de remotas estratosferas. Otro escritor que solía visitar zoológicos era Salvador Elizondo, cercano a Carrington cuando editaba la revista *S.nob*, en donde publicaba narraciones que ella misma ilustraba; recuerda Javier García Galiano que Elizondo describía que el único lugar que contaba con dos ejemplares del ajolote albino era el zoológico de Berlín y que, inexplicablemente, los animales habían sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial.

El caballo fue el primero en abordar su arca; luego siguieron la hiena, pájaros, jabalíes (“las monjas se esconden dentro de sus hábitos negros y parecen los lomos de un jabalí”), murciélagos, faisanes, perros, gatos, peces, serpientes, venados, toros, mariposas, leones, lémures, iguanas, jaguares, búhos, delfines, mangostas, pericos, arañas, gacelas, elefantes, tejones, monos, caballitos de mar, langostas e insectos de caparazón crujiente. El único animal al que decidió cerrarle las puertas, por un tiempo, fue el cocodrilo. No obstante, luego se reconcilió con él y lo evocó en alguna de sus esculturas en bronce.

La escritora inglesa entabló largas conversaciones con la fauna, acaso interminables, que mediante el lenguaje gráfico incorporó a su mundo. Supo extraer de México el sincretismo de las leyendas indígenas y dotarlo de enigmas, trazos firmes, impregnados de nahuales y embrujos. Tenía la costumbre de nutrirse de *La diosa blanca*, de Robert Graves.

La curiosa cualidad de los animales para predecir el futuro ha quedado asentada en algunos términos. La ornitomanía es el arte de adivinar por medio del canto de los pájaros, alectomanía se le denomina a las predicciones por medio del canto del gallo, y la eluromancia —practicada por los chinos— es la adivinación con sólo ver los ojos de los gatos. Leonora Carrington frecuentaba estas artes proféticas; la que más gozo le proporcionaba era el arte de formular premoniciones a través de los ojos de los caballos. ▲



▲ El monstruo de Chihuahua

Leonora Carrington